

LOS SUEÑOS DEL ENFERMERO Y LA SALUD COMUNITARIA EN LA SELVA OCOSINGO-ALTAMIRANO

Jesús Morales Bermúdez
Cuerpo Académico: Patrimonio Sociocultural
CESMECA-UNICACH

Pascual fue el nombre de un hombre de la selva. Pascual fue el sino de un signo en la salud. Señala Lacan que el nombre nombra, que cada nombre conlleva aparejada una historia que, en buena medida, antecede y determina (Lacan, 1994). La tradición cristiana ha tenido que ver mucho con ello, en la medida en que pretendió vincular el apelativo con la aspiración de santidad. Si la ley judía normaba la imposición del nombre al momento de la circuncisión, la Iglesia en sus orígenes la adaptó al acto del bautismo y para conferirle rango de obligatoriedad el Concilio Niceno dispuso en su canon 30 que en el bautismo le fuese puesto a las criaturas el nombre (Denzinger, 1947), preferentemente el nombre de un santo. Ello, en virtud de tres razones: a) por hacerle especial honra y obsequio a aquel santo cuyo nombre se pone a la criatura; b) por pagar el patrocinio del santo con la propia devoción; c) porque ese nombre sea incentivo continuo para imitar las virtudes del santo, y una continua represión de los vicios propios (*Ibidem*). Un ejemplo piadoso se refiere al respecto:

Filipo, Rey de Francia, envió sus embajadores al Rey de Castilla D. Alonso II (apud Engelgrav., in die Cir., parr. 2), pidiéndole una de sus hijas para casar al Delfín: propusieronle aquéllos su embajada, y el rey D. Alonso les ofreció darles a su primogénita, que era muy hermosa y se llamaba Doña Urraca. -¡Cómo señor! ¿Urraca? De ninguna manera: no ha de agradar a mi Príncipe ni al Reino tener una mujer que se llame Urraca, No, señor: la menor llevaremos. -Es que no es tan hermosa doña Blanca (así se llamaba la segunda). -No obstante, responden, el buen nombre suplirá lo que le falta de hermosura. Y así fue Doña Blanca madre de San Luis, rey de Francia, y la que con santa educación lo encaminó a tanta santidad.

Retraigo el recordatorio anterior por recordar, también, el nombre de Pascual, su vida. Perteneciente a la Pascua, Pascual significa *el paso*, el estar de tránsito y significa, también, *pasión o padecimiento*. Efectivamente, en el caso de este Pascual, ambos sentidos armonizaron admirablemente con su vida. Cabrían para él los versos aquellos de Netzahualcóyotl: *sólo a sufrir venimos por la tierra/ sólo de paso, a sufrir venimos/ nada más de paso.*

Originario de la Sierra norte de Chiapas y de la lengua tzotzil, en la juventud de su vida pasó a las llanuras de la selva y al dominio del tzeltal y del español. Pasó, también, de campesino a enfermero y de hombre de galana risa a agonizante súbito al que escapara la vida, y sin nada poder hacer, desde un dudoso accidente provocado por su propio hijo. De una rozadura se trató, la de su parcela, a la que acudió en la compañía de sus dos hijos, de su hermano mayor de nombre Carlos, y de sus cuñados Liborio y Nabor. A cada cual le fue asignado el rumbo para tumbar de modo que cada cual conocía la ubicación de los otros. Al caer la tarde, desde el sitio donde trabajaba el hijo de mayor edad, un árbol, sin señalamiento alguno, cayó ... sobre la cabeza de Pascual.

Al grito de su garganta se congregaron sus acompañantes por prestarle auxilio, menos el hijo mayor, sorprendido tal vez, o temeroso ante su hazaña, que corrió *remordido por la culpa* señaló el tío, acto que derivó a la postre en una condena implícita de abandono del poblado, como en realidad ocurrió pocas semanas después. A Pascual lo condujeron en brazos hasta su casa, corrieron, buscaron una camioneta para trasladarlo a otro poblado con doctor, o con enfermero. Varias horas, hasta que se les murió a lo largo de la terrasería. Grande dolor en el hermano, en los cuñados, los amigos. ¡Tantos de ellos curados por Pascual, el mismo Pascual que no pudo curar de sí, trasponiendo con ello los umbrales de la muerte, antes de llegar a su madurez siquiera!

Luego de su deceso hubo un descenso en los niveles sanitarios del ejido. Las letrinas públicas, por ejemplo, y aun las particulares dejaron de ser cuidadas y dieron pronto al anegamiento, de aguas y de mierda; la atención a los enfermos mutó en visitas de rezanderos católicos o de evangélicos entonahimnos antes que en la práctica de los viejos pulsadores o en el ejercicio de los nuevos enfermeros. Y es que con la muerte de Pascual pareció cerrarse el ciclo de este servicio en la región, y, simbólicamente, a lo largo de la selva. Los de ahora, son los tiempos de la Cruz Roja Internacional, de la Cruz Roja Mexicana, de los Organismos no Gubernamentales y de sus asistencialismos de punta.

De punta a punta, sin embargo, difieren los ejercicios de referencia: los de las novísimas instituciones y los de corte tradicional. Representan aquellas los sueños filantrópicos de las sociedades desarrolladas; pervive, y acaso perdure en éstas, el nicho cultural de un onirismo a través del cual se gestan los destinos individuales y se dirime su inserción en la función social. Algunos trabajos han ejemplificado el sentido de esta afirmación, como en el caso de las bordadoras o tejedoras de blusas. Refieren cómo en el decir de ellas nadie les enseñó el oficio. Ocurrió que cierta noche de sus vidas se les apareció Santa Marta en el sueño, u otra señora de

notable aspecto, y durante el sueño les fue enseñado urdimbre y maravilla (Past, 1981; Morris, 1989). Debieron de bordar una primera prenda para la santa y de allí en adelante sus manos prodigiosas bordan sin cesar la imaginación de la cultura, la reiteración de los sueños.

Algo similar se cuenta acerca de curanderos y sanmigueleros. A los primeros les llega en sueños como don el conocer las virtudes de las plantas, los ensalmos, pulsaciones, envidias y vergüenzas (Avelino y Barriga, 1974; Manca, 1998). A los segundos, tras una representación de espanto y una aparición de San Miguel los conduce luego el impulso de conocer los significados de la revelación y ya alcanzado este, tras sufrimientos y fatigas, advenir al servicio de sanmiguelero (Morales, 1987), servicio tan escarnecido como alabado, tan admirado como vilipendiado. Es que lo nuevo no alcanza a legitimarse pronto, y la función sanmiguelera cuenta con poco más de medio siglo apenas (Green, 1996). ¿Cómo podría escapar a ese sino el oficio de enfermero?

Los años setenta revisten importancia para los pueblos de los Altos, de la Zona Norte y de la Selva de Chiapas. Junto con la colonización de este último espacio, un episodio estudiado suficientemente (Lobato, 1979; Morales, 1992; Leyva y Ascencio, 1995), la acción misionera de la Iglesia católica introdujo mutaciones, con arraigo hasta nuestros días. Entre las principales: la dimensión de militancia política; la efervescencia de catequistas-ministros, y la irrupción de enfermeros. Por supuesto, no devino fácil la asimilación de éstos en la tradición, mas como ésta se reformulaba en el rejuego de colonización fue posible, también, para los nuevos actores, reformular las modalidades tradicionales de legitimación: la dimensión onírica particularmente. De tal suerte que tanto catequistas como enfermeros pronto se vieron asediados por los sueños. También los dirigentes políticos. Pero detengamos en aquellos.

Carlos, el hermano de Pascual, fue seleccionado para fungir como catequista. Años después llegaría a desempeñarse como diácono, uno de los más destacados hasta nuestros días. En el año 1973 comenzó su formación. Años después referiría lo siguiente:

Cuando el curso (de catequista) en Amatán me vi asediado por un sueño. He aquí que mi brazo estaba hueco, sin carne ni hueso, sin nada mi brazo, el brazo izquierdo. De pronto el hueco se encontraba lleno de gusanos. Uno y mil en cantidad desmesurada se reproducían. Una voz en mi sueño dijo:

—Te encuentras lleno de gusanera, sácatelos, sácate todo, sácate el alma llena de gusanera, sácate el alma hasta que te quede limpia.

Sacudí mi brazo y extraje los gusanos, gusanos grandes había y fue mi posibilidad expulsarlos. Muy contento quedé, y muy libre, y al amanecer contemplé mi brazo, mi mano, y estaban sanos. *Fue un sueño —pensé— a ver si tiene significado.*

A resultas del sueño y de las explicaciones del curso el alma se me fue empozando en esa perturbación del crimen. Mayor al del matador aparecía ante mis ojos el crimen de mis actos contra el dueño del origen. Me sentí pecador, me sentí criminal, me sentí culpable. Era una sensación triste pero al mismo tiempo de complacencia: ... no podía sino pensar:

*El gran Señor cabalga de nuevo
en su potro vengador.*

No lo pensé más y acepté mi cargo de catequista (Morales, 1992. 152-153).

Fue el caso de un hermano mayor, advenido al cabo en pionero de la selva. Pascual en su ejido alteño queríase también para la selva pero su estatuto familiar, donde honraba a tantos el servicio prestado a la colectividad le inducía a preguntarse qué habría de hacer, aparte de cultivar su milpa. Cierta noche fue, también, presa de un sueño:

Se vio —dijo— caminando por una montañita, sus chuchos adelante y él con su cachimba al hombro, pues se había percatado del paso de un tepescuintle y le llegaron ganas de cazarlo para probar su sabrosura, junto con su familia, y miraran así cómo también era entendido en otras cosas. Ahí iba él, cuidadoso y pausado, siempre su cachimba al hombro y sus chuchos por delante. Sin saber en qué momento ya estaba solo, en medio de un como cementerio. Le llega el miedo, el frío, se persigna, se pellizca porque quiere despertar, pero nada es posible de lo que quiere, sólo se mira de frente con una calavera que lo llama y que lo llama. Cada vez Pascual se acerca más, cada vez la calavera se muestra con su cuerpo entero de entero hueserío, cubierto con una como sotana transparente que le deja al descubierto su cuerpo de huesos. Cuando más cerca de esa calaca se ve, descubre que arrastra consigo una carreta y que se adentra poco a poco en una ermita. A punto ya de entrar sopla un viento y se oye su voz cavernosa y torpe:

—Mírame bien Pascual —le dice—, mírame bien. Porque así como me estás mirando así igualito de hueserío es como también te estoy mirando.

Apúrate, súbete conmigo en la carreta.

En ese momento se despertó Pascual, espantado, y no supo más sino llorar, abrazado de su mujer y de sus hijos. (Entrevista, 1991).

A instancias de un cuñado suyo fue a consultar a un sacerdote de la misión dominica de Ocosingo. Le contó su sueño, todavía anegado en llanto. Una frase más le agregó al final:

— Qué bueno, Padre, que no soy muerto todavía.

—Pascual, Pascual —le dijo el sacerdote—, no es de morir de que se trata el sueño. Es, tal vez, el propio San Pascual Bailón, vestido de esqueleto, que te visitó en tu sueño. Con seguridad te quiere para que, como él, arrastres en carreta la enfermedad, la muerte, y llesves a tu pueblo la vida. ¿Por qué no te entras de enfermero?

No lo pensó mucho Pascual, y un mes después se encontraba en Altamirano, en el hospital de San Carlos, de donde salió como enfermero para la selva, servicio en el que se desempeñó hasta el día de su muerte (*Ibidem*).

Algunos enfermeros selváticos, de los que pasaron por la experiencia del hospital San Carlos, cuentan la forma en que este hospital se fue constituyendo y desarrollando. Según sus testimonios puede reconstruirse lo siguiente:

Hacia el año de 1967, el obispo de san Cristóbal (don Samuel Ruiz García), pidió auxilio pastoral para su diócesis a los padres dominicos de la provincia de San Francisco California. Ese mismo año llegaron los dos primeros dominicos al pueblo de Ocosingo y un par de años después serían sustituidos por otros tres, a la postre legendarios en la selva merced a sus caminatas y a su dominio del tzeltal. Del primer dominico pocos recuerdan el nombre. Entre risas lo rememoran por su mote: *El Padre Mataballos*. Es que, dicen, sin ninguna compasión espoleaba a las bestias al galope, hombrón como era, hasta extenuarlas o reventarlas.

Este *Padre Mataballos* había una hermana de sangre, dominica igual que él y de la misma provincia, que se aprestó a auxiliar a su hermano en las tierras de misión. Profesionalista como era, pronto se percató de las necesidades de los pobladores, mestizos e indios. Al medio de tanta enfermedad un solo médico, de apellido Molina, prestaba esos servicios en las únicas dos instituciones públicas de salud existentes, y en su consultorio de manera particular. *Mataballos* y su hermana formaron un patronato para, a través de él, conseguir un terreno y construir en él un dispensario para la atención de los enfermos. Grande fue el entusiasmo de los mestizos del Patronato para lograr el objetivo señalado. El doctor Molina, sin embargo, auxiliado de las autoridades civiles y de algunos comerciantes beneficiarios

de la venta de medicamentos, opuso una campaña de ataque y desprestigio hasta desmembrar al Patronato y presionar el cambio de *Matacaballos*.

Si el de Ocosingo era un pueblo confinado y triste, el de Altamirano lo era igual pero por partida doble. Nada para admirar, entonces, que los recelos y las competencias entre ambos pueblos contaran como parte relevante de los prestigios. Al conocer los pobladores altamiranos del desdén hacia el dispensario, se apresuraron ellos a donar siete hectáreas de terreno para que la Misión dominica no desechara el plan. Hacia Altamirano se fue la monja dominica, a la que pronto habrían de asistir otras dos monjas, también dominicas: administradora la una; enfermera la otra: la muy proverbial Mary Cafferty.

En una improvisada casa, levantada ex profeso, se comenzó con la atención, pero faltaba médico. A través de las propias redes de solidaridad religiosa, algún amigo de la Misión convenció a un amigo propio, egresado apenas, a que se aventurara a Altamirano. De aventura se trataba entonces, sin carretera, sin luz eléctrica ni servicios; con una brecha apenas, de terrasería, entre Ocosingo y Comitán: Altamirano en medio. Allí se llegó el joven doctor Marco Antonio Castillo. La gente, entonces, al conocer al médico, ¿para qué un dispensario —se dijo—, por qué no mejor un hospital? Y pues emprendedora como fuera la monja pionera, logró los apoyos de su provincia que construyó el hospital y lo equipó, elementalmente al principio, sofisticadamente después, como ningún hospital de Chiapas lo estuvo hasta el tiempo de su desmantelamiento.

Por abundante que fuera la enfermedad en la región, pocos pacientes acudían al hospital: preferían los servicios de pulsadores y curanderos. Cierta día llegó una familia indígena: el padre, la madre, tres hijos; la hija mayor con padecimientos muy acentuados que la hacían perder el conocimiento y echar espuma por la boca. Ningún curandero podía hacer nada y los padres desesperaban. Lupilla como la nombraban, se aprestaba a morir, exhausta y mustia, y sin haber conocido varón todavía. El joven médico la reconoció, vio el vientre enormemente abultado y estando aún en el reconocimiento la joven se desvaneció y llenó la estancia no sólo de saliva sino de lombrices que expulsaba por la boca. No había nada más que hacer sino operar, cundida como se encontraba de lombricera. El hospital, sin embargo, no se hallaba en condiciones de prestar ese servicio, desprovisto aún de equipo y de médicos auxiliares, y, peor aún: el médico de planta no había operado nunca. El hospital, entonces, acudió al auxilio del servicio evangélico “Alas del socorro”, instalado en los campamentos de las misiones evangélicas en Buenos Aires y Yaxoquintelá del municipio de Ocosingo, quienes gustosos aceptaron colaborar, pero los padres de la joven no quisieron

que fuera trasladada a Tuxtla Gutiérrez; *y menos en avioneta*, dijeron. Pero tampoco quisieron llevarla por la terrasería a Comitán, argumentando, primero, carecer de recursos; después, por no conocer esa ciudad. Y ya cuando el Hospital de San Carlos se comprometió a correr con los gastos y permitir que el doctor Castillo los acompañara a la ciudad y a la operación, se negaron definitivamente a moverse del lugar. Las lombrices, dijeron, era el mal, y el mal debía de ser desechado allí. Si el alma no podía ser limpiada en ese lugar, el alma se perdería con la lombricera. ¿Para qué llevarla a sufrir? Sería peor que el alma se perdiera en la ciudad, o en el camino. Implacable lógica onírica concatenada con el sueño culpígeno del catequista Carlos, y con los *peligros del alma* de que da cuenta Guiteras (1953).

Auxiliado, pues, por la monja enfermera que se atrevió a poner en práctica las indicaciones de un manual y a aplicar una técnica primitiva de anestesia, denominada *éter a la reina*, consistente en el médico Castillo, al cobijo también de su manual, llevó a cabo la primera operación de su vida y del Hospital San Carlos. La joven Lupilla se recuperó más pronto de lo esperado, y más pronto de lo esperado la fama milagrosa del Hospital San Carlos se extendió a los confines de la selva, desde donde se aprestaron a llegar pacientes en cantidad de decenas y de cientos. Aquello obligó a estrategias de eficiencia y de solvencia.

Por principio, el hospital, al percatarse de que cada enfermo era llevado por su familia completa que permanecía merodeando hasta cuando lo daban de alta, construyó un anexo al que denominó *la casa familiar*, para que fungiera de habitación y cocina a cuantos allí acudían. El hospital proporcionaba leña, maíz, frijol, café, y algo más, para el sustento.

Segundo: como no era política del hospital regalar el servicio ni la comida y como tampoco podía cobrar lo que la gente no tenía, el mismo hospital contrataba a los parientes para trabajar las tierras en posesión del hospital, daba los alimentos como quedó señalado, al final de la estancia pagaba los días trabajados y cobraba también la cuota del enfermo.

Tercero, y acaso lo más importante: el hospital se percató de la imposibilidad de atender a tanto paciente, pero que sí podía contener en los poblados a aquellos de fácil cuidado y canalizar solamente a quienes verdaderamente lo requirieran. Podía, pues, capacitar a algunos hombres. Sin embargo, ninguna familia permitía que un hombre, aparte del propio marido, atendiera a una mujer en el parto. Se resolvía la cuestión si en vez de ocupar sólo el varón se capacitaba a la pareja. Se llevó a cabo la prueba con una primera pareja del ejido Morelia alcanzando un nivel de compromiso y respuesta ejemplares. También ejemplar fue la respuesta de los ejidatarios, quienes compensaron la dedicación de sus enfermeros con trabajos solidarios cuando estos

habían necesidad. El ejemplo de Morelia devino modelo a la larga aplicado en toda la selva. Las Tacitas, San Quintín, Zapotal, Patiwitz, doquiera el modelo fue echado a andar. Unos enfermeros de acuerdo con el discurso político de la época, eran proveídos por el hospital con un *paquete básico* de conocimientos, equipo y medicamentos, paquete básico denominado después *canasta básica*. Modelo exitoso como a la postre advino, advino también en debilidad cuando el desmantelamiento del Hospital San Carlos en Altamirano, hacia fines de los años setenta, cuando el presidente Luis Echeverría condenó la injerencia del Instituto Lingüístico de Verano y junto con él la práctica social de organismos e instituciones extranjeras.

Pascual, el hombre de esta historia, participó de la práctica extencionista del Hospital San Carlos. Enfermero él mismo, junto con su mujer, desde los días de su sueño y de su conversación con el sacerdote dominico hacia el año de 1974, resintió el declive del hospital y se asomó a la modalidad sanitaria impulsada por la también legendaria doctora Maribel y DESMI, en ese caso a través de un mentorazgo itinerante, y luego de la infortunada muerte temprana de ella hurgó en la práctica emergente del neozapatismo cuando ya el carretón de la muerte rondaba sus pasos en las rozaduras primaverales del 1994 aciago. Aciago digo por su muerte propia. También porque las mutaciones se ven nimbadas no pocas veces por la incomprensión o la violencia. El declive actual de los enfermeros en la selva, el declive de la llamada *salud comunitaria*, parece acrecentarse. No que la función no sea necesaria o que haya sido sustituida por una modalidad de mayores alcances. Sencillamente que el largo asentamiento de la solidaridad internacional y de los organismos de punta (Cruz Roja Internacional, Cruz Roja Mexicana, ONG) desmembran la débil estructura interior de la salud y propician dependencia y proteccionismo. De por sí el territorio de la salud y de la enfermedad, por más de las dimensiones culturales con que se reviste (como las enfermedades *vergüenza de puerco o de jolote o de parto*; o *espanto* o *ensalmaciones* o *echados*), no deja de inducir al temor y a la desconfianza. Frontera de la vida y de la muerte como es, bueno resulta no traspasarla y, mejor aún, desconocerla o conjurarla, no sea que contra uno atente. Así se entiende cómo entre el ejido el Guanal y el rancho Guadalupe de don Maco, en el corazón de la selva, la noche misma del alzamiento zapatista los propios zapatistas quemaran la casa del curandero tradicional Lázaro, sólo por temor a que el curandero los embrujara o los extraviara. Y no murió Lázaro allí por haberse retirado unas horas antes. Pero debió de ausentarse: su presencia ambigua atemoriza e impone. ¿Morirá con su ausencia el curanderismo tradicional? Con el declive de los enfermeros, con la muerte de Pascual, ¿concluirá una larga búsqueda de formas arraigadas, eficientes, de procurar salud a la comunidad?

Una cosa es cierta: la frontera vida-muerte que significa la salud es la frontera que dio sentido a la existencia de San Pascual. Emanada de un sueño, el de Pascual en su forma esquelética, el de *la santísima muerte*, como refiere Carlos Navarrete (1988), la vida de Pascual fue la del paso de la insignificancia en el servicio a la contribución del bien del alma, que era el bien del cuerpo, la del tránsito del sufrimiento a la dación del consuelo; la de la pasión, también, en el sentido de apasionamiento, derivado como rencor en su hijo y luego rencor de su hermano hacia ese su hijo, y en padecimiento, largo padecimiento de Pascual en la antesala de su muerte, al interior de una camioneta, como correspondía a un enfermero moderno, que no de una carreta como corresponde al curandero tradicional.

Finalmente, y acaso como elogio al buen hacer de la evangelización dominica, una nota sobre el sueño de Pascual. Entre los libreros del convento de Ocosingo había unos tomos de *Doctrina cristiana*, con predicaciones dominicas, de la mitad del siglo XVII. Entre sus páginas se encuentra el siguiente relato pío que, formas más, formas menos, algo recuerdan del sueño de Pascual, acaso heredero por las tradiciones antepasadas de la predicación dominica y heredero, sin duda, de la novísima pastoral dominica. Dice así:

El emperador Othon, refiere San Pedro Damiano (Petr. Damian., in Vita S. rom., cap. 27 apud **Lyraeum Trib.**, lib. 1 lim,7) tenía en su servicio a un caballero llamado Bonifacio, muy cercano a él en sangre, y mucho más en la privanza, porque era todos los cariños del Emperador por sus grandes prendas, sabio en todas las artes, diestrísimo en la música y en todos los ejercicios de caballero eminente; pero en lo de cristiano no tanto. Salióse éste un día a divertir al campo, y entre su diversión vió una ermita medio arruinada, que era de San Bonifacio, mártir, el Santo de su nombre: esto lo estimuló a entrar allí a hacer oración, y estando en ella le vino ese pensamiento: “¡Válgame Dios! ¿Cómo imito yo a este glorioso Santo de quien tengo el nombre? Bonifacio quiere decir el que obra bien, el que hace buenas obras: pues ¿qué obras son las mías?” Tanto le confundió ese pensamiento, que allí tomó esa cristiana resolución diciendo: o no me he de llamar Bonifacio, o lo he de ser: *Aut non dicar Bonifacius, aut ero*. Vase al punto a la Corte, renuncia cuanto tenía, se despide del Emperador, y por más que éste se lo rehusaba, entra en un monasterio camandulense, donde vivió santamente muchos años, y de donde fue promovido a Obispo; y predicando la fe, y siendo apóstol de los gascones, dió la vida por Cristo muriendo degollado. Este es San Bonifacio, Obispo y mártir, a quien

adoramos en los altares. Tanto pudo el considerar la obligación de su nombre: *Aut non dicar Bonifacius, aut ero... Aut non dicar Pascual, aut ero.* (Martínez de la Parra, Tomo I, pp. 29-30)

Un recordatorio para Marie-Odile Marion, quien seguramente habría gustado de este ejercicio en torno a una región tan cara para ella, en el aniversario de su muerte.

BIBLIOGRAFÍA

Denzinger, Henrici, 1958, *Enchiridium Symbolorum*, Herder, Barcelona, España.

Green, Graham, 1995, *Caminos sin ley*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

Guiteras, Calixta, 1953, *Los peligros del alma*, Fondo de Cultura Económica, México.

Hernández Avelino y Margarita Barriga, 1975, “Cómo me hice curandero”, en *Revista Estudios Indígenas*, Vol. IV, Núm. 5.

Lacan, Jacques, 1994, *La relación de objeto*, Paidós, Argentina.

Leyva Solano, Xochitl y Gabriel Ascencio Franco, 1996, *Lacandonia la filo del agua*, CIESAS-UNAM-CIHMECH-UNICACH-Fondo de Cultura Económica, México.

Lobato, Rodolfo, 1979, “Qu’ixin qu’inal. La colonización tzeltal de la Selva Lacandonia”, tesis de Licenciatura, ENAH, México.

Manca Cerisey, María Cristina, 1997, “La palabra verdadera, la palabra que se dice entre nosotros: historia de vida de cinco terapeutas tradicionales ch’oles de Tila, Chiapas” Tesis para optar para el título de Licenciada en Antropología, ENAH, México.

Martínez de la Parra, Juan, s/f., *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina cristiana*, Librería Editorial San Ignacio.

Morales Bermúdez, Jesús, 1987, *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones*. INBA-Katún, México.

—, *Ceremonial*, 1992, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Chiapaneco de Cultura, México.

Morris, Walter Francis, 1991, *Presencia Maya*, Instituto Chiapaneco de Cultura, México.

Navarrete, Carlos, 1988, *San Pascual Bailón y el Culto de la Muerte en Chiapas*, UNAM, México.

Past, Ambar, 1979, “Lo que cuenta una mujer de Magdalena” en *Slo´il Jchiltaktik. En sus propias palabras: cuatro vidas tzotziles*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Editorial Fray Bartolomé de Las Casas, pp. 112-175.